

## Epístola a Pablo Picasso

Dichoso tú, Pablo amigo, que en obra y leyenda retornaste en la estación de los meteoros sociales más favorables. Que esto haya coincidido casualmente con el más duro clima estético es una historia muy distinta. Pero ¿quién desestimaría el milagro de esa ola de simpatía pública, dedicada a las artes, en aquel momento llamado de la post-guerra, y a favor de la cual sustituyeron a la literatura en la inquietud general? He aquí precisamente uno de los más curiosos fenómenos en la historia de la cultura.

¿Dime en qué otro momento la personalidad del artista ha interesado tan fuertemente a sus contemporáneos? ¿Cuándo se produjo este hecho, cualquier fragmento salido de las manos del artista se ha comentado con tanto extremo, valorado, festejado y lanzado por último al conocimiento de las multitudes? Tú sabes, Pablo, que antes la costumbre, en el mismo París, era no hablar de pintura más que en primavera, cuando se abría el Salón. Una vez cerrado, todo terminaba, no se hablaba más hasta el año siguiente. Por el contrario, los poetas, los dramaturgos, los novelistas y de vez en cuando algún filósofo honesto y gris o especialmente malintencionado, según la moda, estaban siempre en el candelero. Mundanos y mundanas hacían gárgaras con ellos; el padre de familia citaba sus nombres a sus hijos con el deseo de instruirlos. Se puede apostar hoy lo contrario sin riesgo de perder, hoy el nombre del aduanero Rousseau se pronuncia por toda esa gentuza con mucha más frecuencia que el de Jules Laforgue, por ejemplo. En caso de reproducirse en nuestros días una amistad infantil y un destino divergente, como una vez ya sucedió entre Emile Zola y Paul

Cézanne, con toda seguridad Zola desempeñaría el papel de víctima.

Nosotros no hemos conocido semejante riesgo, pues no nos conocimos en los bancos de una escuela de Aix-en-Provence, sino alrededor de las mesas de la taberna “Quatre gats”, donde nuestra Barcelona de principios de siglo abría los ojos a sus luces y metía las narices en sus toxinas. Nos despedíamos de la adolescencia y nos respetábamos ya muchísimo, demasiado para no escapar a ese peligro. Este “respeto” —la palabra es tuya— era consecuencia de la gravedad que cada uno de nosotros sentía en el otro, antes y después de beber. Sabíamos que eramos los herederos de una tradición secular, ya en el orden de la belleza o en el de la sabiduría. Con toda seguridad existe una gran distancia entre lo que tú eres realmente y el ser instintivo, dócil al dinamismo de un subconsciente que algunos han imaginado detrás del secreto ígneo de tus ojos ávidos. Recuerdo aún que en nuestra primera conversación, después de leer las frases escritas por un amigo común, hablamos de los Centauros. Asimismo, no hace muchas semanas, un último encuentro nos facilitaba la ocasión para hablar del Minotauro. En el intervalo la antigüedad y la mitología no habían dejado de obsesionarnos.

Lo mismo nos sucedió con los problemas de la forma pura; objeto para el uno de continua e impetuosa creación, para el otro de estudio austero. Todo rasgo trazado por ti en un dibujo ha tenido siempre para mí el valor de un signo. Para ti también, en el momento en que lo trazabas, y más tarde cuando lo meditabas —pues eres por naturaleza ensimismado y meditabundo— apartado del alud de estos comentarios que te diviertes en provocar— y te diviertes demasiado—, con los cuales has gustado siempre regalar tus oídos, sin perder la orientación de tu ruta. Italiano, Malagueño o Catalán, eres por definición un Mediterráneo y perteneces a la familia de Ulises, rica en estrategias; a la familia de aquel que rechazando tapar sus oídos, aseguraba, sin embargo, los cables que amarraban su cuerpo al mástil, unien-

do así a las sabias certidumbres de la buena navegación la deliciosa ebriedad producida por el canto de las sirenas.

Estas delicias bien podías permitirte, tenías la suerte de ser hijo de un profesor de dibujo. La disciplina en la que otros se arriugaron entre no pocas dificultades, alrededor de sus veinte años, y en donde otros titubean aún, más miserables, pues han doblado ya el cabo de los cuarenta años, repletos de vergüenza y de arrepentimiento, la encontraste jugando y en la primera hora. No es la misma cosa haber tenido de niño una institutriz inglesa con la cual se habla continuamente inglés, que iniciarse en este idioma en el Instituto, o, aún peor, inscribirse en un Berlitz cualquiera, cuando, ya hombre de negocios, se presenta un urgente viaje a Londres, como consecuencia de un urgente proyecto. Cuántas miserias se evitan cuando se economiza un aprendizaje tardío. Único quizá entre los contemporáneos de tu talla, sabes, Pablo, dibujar el contorno de una figura humana o de un caballo si te place, empezando por los pies, haciendo surgir la nitidez graciosa de una línea infalible. También supiste, gracias al dón recibido en tus principios, codearte con el color de la manera más familiar, casi confianzudamente. Has sabido llevar tu familiaridad hasta la desvergüenza con una valentía en que el sentido hereditario se afirmaba siempre superior. Y ya que —volviendo otra vez a nuestra comparación con el aprendizaje idiomático— el que desde su niñez conoce a fondo tal o cual gramática, puede permitirse más tarde la alegría de olvidar sus preceptos y de abandonarse a las libertades sabrosas del *argot*. Tú has *argotizado* en pintura lo que quisiste, conociendo que tú y el precepto sólo eran uno, y que detrás de los impresionismos contagiados, de los turbadores expresionismos, de los cubismos inventados pieza a pieza, de los fauvismos de pesada risa, velaban Centauros y el Minotauro, viejos como el mundo, graves como los orígenes, eternos como la fábula.

Has sido iniciado en la verdad de la fábula y has tenido siempre muchos juegos y suertes en tu repertorio. La suerte suprema es la última, pero nunca la realizaste, aunque esa suerte terminaría justificándolo todo. Tanto peor para los

ingenuos que, creyéndose de tu escuela, solían escamotear un pañuelo de color, sin tener en reserva un juego de pañuelos de colores, escondidos, preparados al borde de la manga. En la primera suerte todo sale a pedir de boca. Un poco más tarde el buen público, cansado, pierde la ilusión y se niega a continuar engañándose. Así mientras el cubilete de los demás se encontraba vacío, el tuyo desbordaba, inagotable entre los aplausos. Para llevar a cabo dignamente esos difíciles juegos, es menester poseer no pocos pañuelos de colores; tener además a su favor la ligereza de unos dedos hábiles, y la pesada carga del saber de una escuela. La tuya es la buena, la clásica, y tus instrumentos son de la mejor calidad. El deslumbramiento cesa, pero siempre queda la maestría. Y por eso has querido para tu trabajo, como para tus calcetines o para tu coche, y quizás también para tus amistades o para tus credos, el material más seguro. Es por esto que la gente acoge con cierta sorpresa, que yo me economizo, haciendo ya algún tiempo que te conozco, que sueles exigir para tus más truculentas telas, unos enormes marcos suntuosos, muy espesos, muy caros, totalmente dorados, oliendo desde lejos a museo o a “querido maestro consagrado”, sin lo que no te pones de acuerdo con tus más ricas clientes. Por eso has tenido, a lo largo de los años, tanta valentía y tanta perseverancia para resistir a las tentaciones del éxito mediocre. Nunca tú has dado, ni aun en las horas negras —o de un azul que parecía negro— caricaturas a los semanarios, ni telas para los “Independants”; has sabido también dar el salto desde el ascetismo Ravignan, hasta el epicureísmo Boetie, sin escaleras batiñolescas o montparnasianas. “Aut Caesar aut nihil”; esto es latín, Pablo; el idioma que —ante la carencia del griego inverosímil — pueden aún tolerar los Centauros y el Minotauro. Ingres lo hubiera adoptado de buena gana, y Poussin y Rafael y la mayoría de los artistas que hace dos años albergaba el Petit Palais. No eran necesariamente todos sabios, eran amigos de los humanistas y se bañaban en su atmósfera. En la miseria no te quedó sino un Apollinaire, un Cocteau o unos “Ballets russes”. Pero te quedaban, emboscados en el misterio de tus orígenes, tu padre, el profesor de dibujo. Y quizás tam-

bién yo, a distancia, que tuteo a Platón, con esa misma megalomanía tan barcelonesa, tan "Quatre gats", que te indujo a persistir en el tuteo con Piero della Francesca, en la intimidad de tu corazón.

En cierto momento pudiste escoger como compañero, y hasta como cómplice, al aduanero Rousseau o a los tallistas de madera del Senegal, o a los indígenas de la isla de las Pascuas. Poco franciscanismos en esas aventuras. En el fondo fue otro de tus escamoteos. Esto se comprendió cuando, al entrar en decadencia la moda de lo ingenuo y de lo primitivo, contestaste a una encuesta, no sin provocar un enorme asombro en los que habían conservado la estúpida costumbre de creer que hablabas con seriedad, que los meandros de tus múltiples y sucesivas curiosidades no te apartaban nunca de tu línea de conducta. El Mediterráneo entero te aplaudió aquel día; el Mediterráneo entero, tu verdadera patria, que te veía evitar de esa manera, con una soberana sabiduría, la confusión entre el valor de los cables que amarran al mástil y el encanto gozado al oír el canto de las sirenas. Seguramente te aplaudió menos en otra ocasión en que me gastaste una broma; habiéndote procurado por una complacencia del impresor las pruebas de un libro mío que trataba de ti, y existiendo allí la afirmación —cuya novedad y justeza significativa me encantan— de que entre los pintores contemporáneos eras quizás el único que no tenías un solo árbol en tu obra; te divertiste, y haciéndote el bobo, diste entre los documentos que debían utilizarse para la ilustración, un carboncillo en que dos tristes ramas debiluchas surgían de una ventana. Pero esa broma te salió mal, confiésalo, pues sin llegar a debilitar en lo más mínimo mi diagnóstico sobre tu anti-naturalismo, esas ramas, esas ramas de pesadilla eran y son, no solamente poco parecidas —lo qué desde luego no te importa un bledo— sino también feas y bochornosas y apestando a efectismo odioso. Con los rasgos de un espíritu entre "Lucas fa presto" y "Obrero-sin-trabajo - dibujando - con - lápices - de colores - sobre - una - acera - de Londres", que son el pol oopuesto de esta "respectabilidad" que ya yo había reconocido en ti cuando no tenías cuatro pelos en la barba.

Más caro te costaron otras bromas. Esas experiencias, esas suertes, esas curiosidades satisfechas en demasía, si no te han separado de tu línea de conducta, te han impedido llegar hasta ahora al punto que legítimamente está reservado a tu impulso. No hablo desde el ángulo del éxito, tampoco desde el ángulo del genio, pero sí de los resultados objetivos, de la "Obra-bien-hecha"... Había invocado, suplicado, conjurado, hace cinco años la creación de cuadros tuyos pertenecientes —apartando toda asociación de ideas—, al orden normal, seguro, tranquilo, de los que, por un derecho secular— divino podríamos decir— se hayan instalado en las mejores salas de los mejores museos. En vano trascurrieron cinco años, te seguías contentando tan sólo, hay que decirlo, con la casi-obra-maestra... Sabes, amigo, que pertenecemos a una promoción que por no sé qué condenación misteriosa y colectiva, parece destinada— y cosa aún más notable, no en un solo país, ni en un solo medio, ni en un solo género de actividad personal— a la gloria del corredor que al recorrer brillantemente una etapa recibe una zancadilla y pierde tiempo y terreno en el mismo momento de tocar la meta, estropeando así su victoria al hacerse sospechosa. Semejante al Licenciado Tomalba, que llenó antaño mis vigiliat, y cuyo cuerpo, siendo de una belleza angelical, carecía, sin embargo, de perfección, pues le faltaban los cuidados y la limpieza suficientes, así como la integridad del pabellón de una oreja que se hallaba rajada y poco agradable a la vista. Nuestras existencias personales, aun las más perfectas, fracasan en la fatalidad de algún detalle que traiciona su incompetencia. Antiguos compañeros nuestros son maestros, millonarios, príncipes reinantes, embajadores, académicos, Premios Nobel, dictadores, o muertos-gloriosamente-en-el-campo-de-batalla. Es normal, dirán siempre que no somos maestros ni embajadores, que no somos académicos ni príncipes, y hasta que no somos muertos como los otros. Lo somos, con menor tranquilidad, con menor integridad, y se podría decir con título menos definitivo. Tus cuadros, amigo mío, pecan por este o aquél detalle, por una debilidad tan imprevista, a menudo tan superflua, que se cree voluntaria, cuando no es la oreja partida del Licenciado Tomal-

ba, es un pie podrido, perdido en el camino, o el trabajo de un cuadriculado interrumpido antes de tiempo. Un poco más, un poquito más, y aparecería la auténtica obra maestra. Pero una fatalidad que como el Destino de los antiguos es, sin duda, un castigo con razón enviado, intervino siempre para retardar su feliz creación.

Hay que conjurar ese mal de ojo; para esto hay que tener la valentía de renunciar algunos encantos, algunas aventuras. Mírame, si estoy aquí, encerrado y obligado a escribirte, impedido de hablarte en el "Café de Flore"—en donde, según me has dicho, tienes instalado tu tribunal en estos días turbios— es que después de haber escrito veinte mil páginas en paquetes que fluctúan de tres a veinticinco páginas me fue revelado, para salvación de mi alma, que tenía que suministrar de todas maneras algunos de quinientas páginas, sin lo cual todo quedaría como si no hubiese escrito nada. Teme igualmente tú la hora del juicio que te dará sin duda un papel magnífico en la historia del arte moderno, pero sólo funcional e histórico. No preveía eso la admiración que he tenido para ti desde el final de mi infancia, admiración hecha de respeto y no de asombro, como la de tantos otros. Ella sola quisiera detenerme en este momento en que parezco dirigirte un sermón, y además no produciría una sola carcajada ver a Cézanne dando consejos a Zola. Careciendo de razones para enfrentarme con la burla de un tercero, me limitaré aquí a una suerte de grito en donde el aliento se mezclaría con las exigencias, semejantes a los que en nuestro país profieren los aficionados que desde los burladeros acompañan con la mirada al matador, pero no puedo traducir esos gritos en francés y tengo que recurrir a otros repertorios de expresión. Recordaré quizás al viejo Carolus-Duran, personaje carnavalesco, diciendo a los jóvenes pensionistas que llegaban a la Villa Medici: "Señor, haga usted una obra maestra"... En la Villa Medici, y dichas por él no eran sino palabras de carnaval. Pero en la tradición de los "Quatre gats", y entre nosotros, tienen un sentido de verdadera gravedad. Gravemente, pesadamente, te digo: "Pablo Picasso, haz una obra maestra". Te queda poco tiempo, está muy cercano el momento en que para nos-

otros no será divertido confesar que toda obra maestra no creada se apunta en la columna del Debe, en el balance de la paz de nuestras conciencias.

**EUGENIO D'ORS**

